

La vocación del teólogo comienza con una invitación

En una conversación informal, justo después de llegar a Berkeley en 1976, apenas dos meses después de defender mi disertación en Roma, uno de mis nuevos colegas en JSTB (como se llamaba entonces), probablemente tratando de encontrar algo adecuado para conversar con esta extrañanueva criatura, una teóloga, me preguntó: "¿Qué edad tenía cuando supe por primera vez que quería estudiar teología?" No estoy seguro de lo que murmuré en ese momento.

Cuando más tarde reflexioné sobre esa conversación, me recordó, con una risita, esa vieja historia sobre el fiscal interrogador que intentó atrapar al acusado en el estrado de los testigos preguntándole: "¿Y cuándo dejaste de pegarle a tu esposa?" "El acusado respondió," No lo hice "." ¿Qué?! "exclamó el fiscal. "¿Nunca te detuviste?" "No", respondió, "Nunca comencé".

La mayoría de la gente simplemente no sabe que su reflexión sobre la vida, sobre lo que realmente importa, se llama teología. Cuando traté de pensar cuando empecé a interesarme seriamente en la teología, la verdadera respuesta fue "nunca comencé", porque realmente no podía recordar un momento en el que no estuviese involucrado en la exploración teológica. ¿No éramos todos nosotros, incluso cuando niños, mientras lidiamos con la muerte de una mascota o un padre, el aplazamiento de las cosas que se esperaban, el mal y la injusticia, la felicidad y el sufrimiento, planteando preguntas que realmente se referían a Dios? ¿Preguntas sobre naturaleza, moralidad, muerte, esperanza, comunidad, amor incondicional, perdón, alegría?

En resumen, esa pregunta de mi nuevo colega me hizo darme cuenta de que yo y probablemente todos los que tienen el placer y el privilegio de pensar en la vida siempre quieren, tal vez sin saberlo, estudiar teología. La mayoría de la gente simplemente no sabe que su reflexión sobre la vida, sobre lo que realmente importa, se llama teología.

Teología como ministerio

Esa pregunta al comienzo de mi ministerio teológico me ayudó a darme cuenta especialmente en retrospectiva de que convertirse en teólogo no es la elección de un trabajo o incluso de una profesión. Es una respuesta a una vocación, y no una vocación que confiere un estatus superior o nos encarga ofrecer soluciones abstractas a problemas teóricos. Es una vocación que nos da un acceso privilegiado a los deseos más profundos de la gente, por poco articulados que sean, y nos llama a responder a ellos como lo hizo Jesús a sus contemporáneos, de maneras que iluminan, sí, pero especialmente de maneras que alientan y consuelan. liberan y empoderan. Es una vocación para atender la verdad sobre los asuntos más importantes en la experiencia humana. Tal vez es por eso que Jesús no pasó su breve vida ministerial discutiendo con los eruditos, sino ofreciendo a sus contemporáneos parábolas que los desafiaran no sólo a pensar diferente sino a elegir de manera diferente.

Un segundo recuerdo viene del tiempo en que me estaba preparando para estudiar teología, mientras yo era un estudiante graduado en filosofía. Estábamos estudiando a Platón, todavía mi filósofo favorito. Correr a través de la filosofía de Platón como una corriente eléctrica es el tema de la enseñanza, que casi todos los que obtienen un título en teología lo harán, ya sea en la academia, desde el púlpito o en el ministerio pastoral directo. Porque la vocación del teólogo no se trata de seguir una carrera. Ni siquiera se realiza únicamente para responder a nuestras propias preguntas. Siempre es, de manera fundamental, acerca de ayudar a otros a buscar respuestas vivificantes a las cuestiones realmente importantes de la existencia humana.

Realmente no podía recordar un momento en el que no estuviese involucrado en la exploración teológica.

La teología es intrínsecamente kerygmática; se trata de las "buenas noticias" que llevan a quien lo aprende a querer ponerlo al servicio de los demás. La teología, en otras palabras, no es solo una vocación personal a la búsqueda del significado último en nuestra propia vida. También es un llamado al ministerio, y especialmente al ministerio de la palabra, a hacer que la verdad sea fructífera en las vidas de aquellos a quienes se nos envía, es decir, a la enseñanza.

Entonces, ¿qué tiene eso que ver con Platón? Platón se formó por él y nos preservó la imagen de su propio modelo y mentor personal y profesional, Sócrates, un filósofo errante (o podríamos decir teólogo, dada la naturaleza de su tema) que nunca escribió nada por sí mismo sino que fue martirizado para enseñar a personas como Platón. Al igual que otro maestro no escritor que lo siguió por cinco siglos, Sócrates fue ejecutado no solo por lo que enseñó, sino especialmente por cómo enseñó. Sócrates llamó a su enseñanza "partera", es decir, dar a luz en sus alumnos, en el dolor, la alegría y la esperanza, lo mejor que estaba en ellos, una nueva vida para el mundo. Jesús usó esa misma imagen en Juan 16 cuando advirtió a sus discípulos que, como una mujer en trabajo de parto, sufrirían en sus esfuerzos ministeriales, pero se regocijarían en la nueva vida que traerían a luz. Sócrates llevó a cabo este trabajo de educación principalmente cuestionando a sus discípulos, empujándolos a dudar de la respuesta fácil, a desconfiar de los vagos meandros de sus propias mentes e interrogar las respuestas originales del establecimiento, hasta que toquen la base de la verdad.

El verdadero maestro, especialmente aquel cuya integridad no está en venta, siempre está en peligro por el poder institucional.

Los padres de la ciudad de Atenas sabían cuán peligroso para el orden establecido podría ser esta búsqueda de la verdad, especialmente si se inculcaba a los jóvenes que todavía tenían la inocencia y la energía para cuestionar la "sabiduría" aceptada del status quo. Cuando Sócrates desafió las órdenes de dejar de enseñar lo sentenciaron a muerte. Pero le ofrecieron mirar para otro lado si él simplemente desaparecía de la ciudad y no volvía, si aceptaba dejar de enseñar en Atenas. Sócrates, como Jesús, quien se enfrentó a la misma elección de los poderes religiosos y políticos que existieron en la Jerusalén del siglo primero, siglos después, declinó la oferta. Para Sócrates, sacrificar su integridad para salvar su vida hubiera sido invalidar todo lo que había intentado enseñar a sus alumnos. Enseñar, como Sócrates y Jesús lo entendieron, no es un trabajo. Es una misión inherente a la vocación del teólogo. Por lo tanto, es una expresión menos de lo que se sabe que de quién se es. Entonces, el verdadero maestro, especialmente aquel cuya integridad no está en venta, sin importar cuán alta sea la oferta, siempre está en peligro por el poder institucional. A través de la figura de Sócrates, el maestro más grande de la antigüedad, llegué a entender más claramente lo que realmente estaba haciendo Jesús, quien antes que nada era un maestro.

Una invitación a participar

Un tercer recuerdo pertinente me molestó cuando sucedió y ha permanecido inquietante, en algún nivel, a lo largo de mi ministerio de enseñanza. Una razón por la que encuentro que el Papa Francisco, ejerciendo su ministerio de enseñanza, es tan atractivo y emocionante es que de alguna manera él es la encarnación de una respuesta a la pregunta que este tercer evento planteó para mí. El evento ocurrió unos días antes de que abordara el avión rumbo a París para comenzar mis estudios teológicos de postgrado. En ese momento, la vida religiosa Católica, a la que pertenecía (y todavía lo hago), y especialmente la de las mujeres, estaba rígidamente institucionalizada. Había reglas para todo y la mayoría de ellas comenzó con "No lo hagas ...". Qué no hacer, dónde no ir, con quién no relacionarse, qué no dudar o preguntar, imaginar, investigar o creer. Aterrícé en París en junio de 1968, justo cuando la revolución estudiantil explotó en las calles del Barrio Latino y se desbordó en la universidad a la que debía asistir.

"Recuerda esta única cosa: no rechaces nunca una invitación".

Un amigo mío en Nueva York, un hermano religioso con el que había hecho un retiro, me llevó al aeropuerto el día de mi partida y, mientras me despedía, dijo que tenía un consejo para mí. Esperaba que me animaran a orar a diario, a estudiar mucho y demás. Pero él dijo: "Recuerden esta única cosa: no rechaces nunca una invitación". Si alguna vez en mi vida había escuchado una receta para el naufragio moral, vocacional y teológico, fue ese pedacito de consejo. La vida Católica en ese momento de la historia (particularmente la vida religiosa) casi podría haber sido formulada como la inversa de ese consejo: "Nunca aceptes una invitación, al menos no hasta que haya sido examinada por la autoridad, cotejada con el Libro de Reglas y explícitamente permitida por los permisos necesarios. "No hace falta decir que no tenía la intención de poner en práctica los peligrosos consejos de mi amigo. Pero casi antes de salir del aeropuerto de París comencé a enfrentar el desafío de cómo responder a las invitaciones: la invitación a relacionarme con personas de culturas y tradiciones religiosas que antes había conocido sólo en libros donde generalmente se los presentaba como erróneos o ignorantes, si no malvada; la invitación a leer más allá de la Biblia, las vidas de los Santos o la Regla; la invitación a entrar en el mundo entero del arte y el pensamiento político de donde la vida religiosa y el aislacionismo Católico me aislaron desde la adolescencia; y la invitación de engranar la explosión de nuevos pensamientos y sensibilidad que brotan simultáneamente del recién concluido Concilio Vaticano II (1962-65), desde la revolución cultural socio-sexual-política que llegó a llamarse "los años 60" y desde las corrientes radicales desencadenadas por la teología de la liberación en general y el feminismo en particular. El año 1968 fue un año decisivo, de hecho un año definitorio, en todo el mundo occidental. Quizás podría haberse definido como un cataclismo de invitación.

El rechazo de la invitación a participar casi con certeza conduce a la irrelevancia teológica y ministerial.

Muchas veces como algo de lo que nunca había escuchado o pensado surgió en mi experiencia y corrí interiormente para esconderme en las reglas y costumbres y expectativas que había absorbido en mi juventud religiosa, escuché la voz de mi amigo decir: "Nunca rechaces una invitación ". Pero a lo largo de los años aprendí por mucho ensayo y error que " invitación "no era sinónimo de seducción o tentación y que la palabra problemática y programática era " rechazar ". La respuesta a una invitación no era una elección entre una capitulación tonta o inconsciente de lo que se presenta, por un lado, y la conformidad rígida de reglas desarrolladas para, y en otro lugar y tiempo, por el otro. Una invitación era solo eso, algo ofrecido para su consideración, algo que era, en la naturaleza del caso, nuevo, no domesticado por las categorías ya desarrolladas de "lo que los religiosos siempre han hecho" o "lo que la Iglesia Católica siempre ha enseñado" o "cómo los estadounidenses siempre han vivido". El desafío era el renunciar al rechazo a priori de lo nuevo o diferente, a no cerrarse a la reflexión antes de que comience y, en cambio, al compromiso de riesgo.

Gestos significativos

Lo que gradualmente llegué a ver fue que la teología -una vocación para buscar la verdad sobre la realidad última, no sólo para uno mismo, sino para enseñar, para compartirla con otros- no podía ser, usando el vocabulario del Papa Francisco, autorreferencial, una carrera de ratas en una rueda de entrenamiento en una jaula de laboratorio. Tendría algo vital que ofrecer si estuviera completamente comprometido con la realidad del mundo en la que las personas reales, incluido uno mismo, viven y luchan. ¿Tiene tan abierto enfoque riesgos? Sí. ¿Tomar tal enfoque no lo protege de los riesgos? No. Pero el rechazo de la invitación a participar casi con certeza conduce a la irrelevancia teológica y ministerial.

Una cosa que la década de los 60 comenzaron a exponer fue que para muchos de nuestros contemporáneos, especialmente los jóvenes, la Iglesia institucional se había vuelto en gran medida irrelevante. Eso es en parte lo que desencadenó la revolución cultural de la década. Y es lo que está cosechando una cosecha amarga en nuestro propio tiempo. El desafío que los teólogos enfrentan hoy no es tanto que las personas no crean, sino que encuentren que lo que se propone para la fe sea irrelevante.

El Papa Francisco está escuchando y aceptando en nombre de toda la Iglesia las invitaciones que hemos rechazado durante siglos. El Papa Francisco no es universalmente popular en los círculos Católicos, tal vez especialmente en algunos círculos teológicos. Y hay mucha discusión en la prensa acerca de por qué no todos están enamorados de esta atractiva figura que, literal y simbólicamente, lava los pies de todos; que deja que un travieso niño de 5 años tire de su sotana mientras ofrece un discurso pontificio a los dignatarios eclesiásticos; quien causa casi un paro cardíaco en su seguridad al tomar un grato sorbo de té sin dejar de beber de una taza común que le entregó un extraño no identificado en la multitud alrededor de su papamóvil; que abraza a las personas desfiguradas por la pobreza, la enfermedad y el pecado; que compra sus propios zapatos negros pero se salta los puños franceses; que habla en una lengua vernácula inclusiva, "Fratelli e sorelle - buona sera", en lugar de entonar, "urbi et orbi", "en Latín solemne, pocos en la audiencia pueden entender; y tal vez de manera más escandalosa, que admite humildemente que había hablado con dureza sobre las acusaciones de abuso sexual sin averiguar todos los hechos y por lo tanto pide perdón a aquellos que lastimó al descontar su experiencia, su sufrimiento. ¿Qué no le gusta de este Papa?

Lo que no es agradable es que el Papa Francisco no se mezcle con la gente, tome preguntas que no haya visto antes o hable sin notas a los periodistas. Estas no son solo idiosincrasias encantadoras. Son gestos elocuentes que los guardianes de la ciudad-estado eclesiástica, como los de Atenas en la época de Sócrates y Jerusalén en el tiempo de Jesús, reconocen -y temen- por lo que simbolizan. Los protectores actuales del status quo, incluidos nuestros propios censores internos, como todos a lo largo de la historia, tienen un gran interés en mantener el sistema que parece funcionar para ellos. Ellos / nosotros tememos que si admitimos que alguna vez nos equivocamos, planteamos la posibilidad de que podamos estar equivocados de nuevo, incluso ahora. Después de todo, uno es infalible o no. Y lo infalible, por definición, no comete errores, mucho menos disculparse públicamente por ellos. No es el amor, sino el poder lo que significa "nunca tener que decir que lo sentimos". Incluso mirando de nuevo las preguntas que hemos declarado "arregladas" y entretener la posibilidad de una revisión amenazaría la totalidad de todo el sistema.

'Demuestra que eres digno de Aquel que sigues'

Lo que el Papa Francisco ha estado haciendo desde el primer día de su servicio al pueblo de Dios es "aceptar las invitaciones" que le ofrece el sufrimiento de las personas, las angustiosas preguntas de aquellos rechazados y prohibidos por la religión oficial, el descontento generalizado de la juventud. Y no sólo las preguntas que han sido cuidadosamente seleccionadas, aprobadas, limpiadas, puestas en "papalese" y anuladas o invalidadas preventivamente mediante apelaciones a puestos establecidos. Está abordando las cuestiones reales de hoy, no antes que nada en teoría, sino en términos de las personas cuyas vidas se ven afectadas, a veces radicalmente, por lo que se proclama como absoluto.

El Papa Francisco sabe que las verdaderas guerras se libran en trincheras, no en corredores de mármol o salas de conferencias con paneles.

El Papa Francisco sabe que las verdaderas guerras se libran en trincheras, no en corredores de mármol o salas de conferencias con paneles. Una zona de guerra (y Jesús definió la vida como una guerra entre el Reino de Dios y el reino de Satanás) necesita "hospitales de campo". Los heridos no pueden esperar hasta que se pueda construir un centro médico de última generación. Las personas que sufren pueden no saber cómo curarse a sí mismas, pero sí saben lo que no está ayudando.

El Papa Francisco está escuchando y aceptando en nombre de toda la Iglesia las invitaciones que hemos rechazado durante siglos. Está permitiendo que la experiencia desafíe la teoría, incluso las teorías consagradas en posturas doctrinales y morales antiguas, aparentemente irreformables. Está planteando implícitamente la cuestión de si las prácticas e incluso algunas enseñanzas consagradas en los escritos de sus predecesores podrían necesitar un nuevo examen.

Lo que a muchos no les gusta del Papa Francisco es que él, como Jesús eligiendo quedarse en el hogar de Zaqueo, el pecador público o tocar a mujeres o leprosos impuros, no está cerrando la puerta a las invitaciones ofrecidas no sólo a él sino a toda la iglesia. El Papa Francisco está dejando que la experiencia lleve a la Iglesia a nuevos diálogos. Su mensaje es una aceptación expresada del hecho de que sólo Dios es Dios y que la revelación nunca se cierra porque el Dios revelador no está ni muerto ni retirado. La experiencia de las personas, tanto fuera como dentro de la Iglesia institucional, los laicos y el clero, tanto mujeres como hombres, pobres, incultos, encarcelados y enfermos, así como aquellos en los pasillos del poder civil y eclesiástico no son amenazas para la Iglesia sino invitaciones a mirar nuevamente, a entretener las preguntas reales, a ser evangelizados de nuevo.

La última exhortación apostólica del Papa Francisco, "Gaudete et Exultate" (" Regocíjate y sé feliz "), es un testimonio elocuente de esta apertura desconcertantemente estimulante que atrae a una nueva generación de estudiosos que asumen su vocación y misión teológicas. Es un llamado para abrazar la resonante afirmación del Concilio sobre el llamado universal a la santidad. No sólo todos en la Iglesia están llamados a la santidad personal, sino que todos en la Iglesia están llamados a fomentar la santidad de toda la Iglesia. El Papa Francisco no cita sólo sus propios escritos o los de sus predecesores, propone sólo la espiritualidad de su propio orden religioso, hace que la cultura de América Latina o Roma sea normativa, habla del pueblo de Dios exclusivamente como "hombres" o "hijos" o "hermanos" o insta a los laicos a seguir a sus pastores con docilidad y silencio. Él cita a Santos de todos los períodos históricos, de diversas órdenes religiosas y tipos de espiritualidad, de todos los ámbitos de la vida y vocación en la Iglesia, de las conferencias episcopales de todo el mundo. Invita a sus lectores a involucrarse, a aprender, a expandir sus horizontes e imaginaciones, a aceptar las invitaciones de nuestro tiempo y nuestra cultura para abordar el sufrimiento del mundo que tanto amó Dios como para entregar al único Hijo de Dios.

Creo que lo que el Papa Francisco nos está diciendo a todos los que estamos comprometidos con la vocación en el ministerio de teología es esto: "No rechacen la invitación de su tiempo y lugar. Responda con integridad a cada desafío, incluso a la amenaza de persecución o muerte, y así demuéstranse que es digno de aquel que siguen, en cuyo ministerio están involucrado, y cuya aprobación final es la única recompensa que vale la pena buscar ".

Sandra Schneiders, I.H.M., es profesora emérita de estudios del Nuevo Testamento y Espiritualidad Cristiana en la Escuela Jesuita de Teología de la Universidad de Santa Clara en Berkeley, California. Es autora de más de una docena de libros. Este ensayo se extrae del discurso de graduación pronunciado en la Escuela Jesuita de Teología de la Universidad de Santa Clara en Berkeley, California, el 19 de mayo de 2018.

[h6][Autor: Sandra Schneiders, I.H.M.]

* Artículo reproducido con el debido permiso de America the Jesuit Review. America the Jesuit Review no se hace responsable por la traducción. La traducción ha sido realizada por Francisco Luciani para Teología Hoy.